

El heroísmo de Janucá

Los ejércitos del victorioso Alejandro, llamado “el Grande”, extendieronse como una poderosa ola triunfal sobre los países del Oriente. Nadie podía resistírsele. Cuando Alejandro sintió que se aproximaba su fin, convocó a las personalidades de su imperio y de los países recién conquistados, y dividió entre ellos el poder. Largo tiempo disputáronse los generales de Alejandro el pequeño territorio de Israel, hasta que Antíoco el Grande unió a la Palestina con Siria. A los judíos que encontró en Eretz Israel los trató amistosamente y les permitió vivir de acuerdo a sus leyes.



Al poco tiempo de ocupar el poder, su hijo Antíoco Epífanes inició un viaje por su imperio. En todas partes adonde llegaba, el pueblo lo recibía de rodillas. Visitaba los templos, le ofrecían allí sacrificios y era adorado como un dios. Por las noches realizábanse en su honor escenas de destreza personal. Se sentía como en su patria.

Él y sus acompañantes comían tendidos en mullidos sillones. Bailarinas y cantores le ayudaban a matar el tiempo. Dondequiera que fuese reinaban los modales y las costumbres de los helenos (griegos). No había ciudad que no tuviese sus ídolos reverenciados por el pueblo, y templos griegos se levantaban en calles y plazas.

Antíoco pasó de Siria a Israel.

—Señor —le dijeron sus compañeros de viaje—, *las montañas de Israel son como las montañas de Siria, los árboles de Israel son también como los árboles de Siria, pero los hombres de Israel son judíos, y de ellos no conseguirás que se te sometan.*

El rey fue, pues, al país de los judíos lleno de prejuicios para con ellos.

Cuando arribó a Jerusalem, le salieron al encuentro los sacerdotes ataviados con sus blancas vestiduras y cubiertos con las insignias de sus cargos. Le rindieron homenaje, le ofrecieron de regalo diversos utensilios de oro, pero no se arrodillaron frente a él. Al ver la magnitud de las dimensiones del templo, el oro de su cúpula y el mármol de sus columnas, pidió que se lo mostraran por dentro. Una vez en el interior, dijo el rey.

– *Quiero ver las imágenes de vuestros dioses.*

– *No tenemos imágenes* –repuso el sacerdote–. *Tenemos un único D-s, y es invisible.*

El soberano rió, pero no pudo entenderlo. No vio en el Templo un solo cuadro, una sola estatua, una sola imagen: únicamente decorados sobre motivos florales y adornos de plata y oro, y fuera de eso, nada.

– *¿Qué D-s terrible es el vuestro, que no se le puede ver?*

El rey abandonó el Templo excitado. Afuera le esperaban sus acompañantes.

– *Organizad juegos de circo para mañana* –dijo–. *Deseo un poco de distracción después de haber presenciado esta tragedia del Templo de un D-s invisible.*

– *Señor* –le explicaron sus acompañantes–, *en la tierra de los judíos no hay circos.*

– *¡Qué pueblo endiablado!* –exclamó el rey–. *Este país se encuentra embrujado.*

Al otro día aparecieron anuncios en las paredes, que llevaban el sello del rey Antíoco Epífanés, y en los que se hacían públicas las siguientes edictos:

1. En la plaza del Templo se erigirían estatuas de los dioses griegos.
2. En todas las plazas se levantarían altares en su honor, y los transeúntes deberían rendirles homenaje al pasar.
3. Se construiría de inmediato un gimnasio, un estadio en el cual los jóvenes, desnudos de cuerpo, aprenderían los ejercicios de los griegos.
4. Quien se opusiese a las órdenes del rey, sería desterrado o condenado a muerte.

El público se congregó delante de los carteles, y pronto se produjeron ásperas discusiones.

– *Tiene razón el rey* –exclamó un muchacho–, *¿por qué no somos como los griegos? ¿Por qué nos prohíben presenciar espectáculos de circo? ¿Por qué no nos dan sus dioses?*

– *No blasfemes* –respondióle un anciano–; *nuestro Dios nos ha sacado del Egipto, y nos salvará de toda injusticia.*

– *Sí, nos salvará* –contestó el joven con sorna.

– *Queremos ser como los griegos: amar la vida, el vino y la alegría, las canciones y la lucha.*

– *Queremos ser, en efecto, como los griegos* –confirmaron algunos.

Y otros contestaron:

– *¡Vergüenza para vosotros, traidores de Israel!*

De ese modo siguió el cambio de opiniones, hasta que se enardecían los ánimos.



Ese día produjéronse discusiones en casi todas las familias.

Muchos judíos querían abandonar la fe de sus padres, y se sentían felices porque el rey había impartido esas órdenes.

– *Epífanés* –decían, y traducían al hebreo–, *quiere decir el semejante a D-s. El nombre le cuadra, pues es como un dios, y nosotros lo adoraremos como nuestros antepasados han adorado a Adonai.*

Las personas devotas, en cambio, permanecían en sus casas o escuelas, y guardaban silencio, abrumadas de tristeza.

– *¡D-s nos ha castigado!* –se quejaban los ancianos–. *¡Qué terrible es esto!*

Mas los creyentes jóvenes no podían soportarlo con resignación.

– *¡Epífanés!* –gritaban–. *Mejor sería llamarlo Epímanes, que significa el loco, pues este Epífanés, no es sino un loco, enfermo por el poder.*

De ese modo se conversaba en las casas de los judíos; los unos querían obedecer al rey y traicionar al propio D-s, y los otros ser fieles a su D-s y adorarlo en secreto.

Pero había también muchos que estaban dispuestos a luchar y a morir por D-s.

La legión de soldados sirios ocupó el país. Los sacerdotes abandonaron el Templo, en el cual habían sido erigidas las estatuas de los dioses griegos. En todas partes se veía la misma escena: estatuas, incensarios y soldados. El país entero quedó cubierta de ídolos.

Las primeras semanas los judíos daban tímidamente largos rodeos, para no tener que pasar por delante de las imágenes. Pero pronto se acostumbraron a ellas, y después que el primer judío de Jerusalem hubo hecho una reverencia a una estatua y quemado incienso en su honor se perdió la vergüenza. En grandes grupos dirigíanse hacia los ídolos, se arrodillaban delante de ellos y les ofrecían sacrificios, como si fuera una vieja costumbre israelita.

Los creyentes y patriotas, en cambio, tanto los jóvenes como los viejos, abandonaron sus casas y se retiraron a las montañas. Las muchas cuevas del país les facilitaban refugios, húmedos, es verdad, e insalubres; pero en ellos se establecieron para no ser infieles a su religión.

De vez en cuando el rey paseaba por la ciudad

– *Los dioses de piedra* –dijo una vez a sus acompañantes– *aniquilarán a este pueblo. Es una lucha silenciosa; pero cuando mi hijo herede mi trono, el pueblo judío habrá desaparecido. Serán griegos como nosotros.*



En el pequeño pueblecito serrano de Modiín vivía un anciano sacerdote de la familia de los Jashmonaim, con sus cinco hijos. Llamábase Matitiahú. El nombre de sus hijos era: Iojanán, Shimón, Iehudá, Ionatán y Eleazar.

Los soldados del rey se le presentaron un día, y le dijeron:

– *Sacerdote, síguenos al mercado.*

Sin decir una palabra, Matitiahú los siguió acompañado de sus hijos.

En el mercado se levantaba la estatua de un dios griego.

– *Sacerdote* –dijo el soldado–, *arrodíllate delante del dios ante quien te encuentras.*

Matitiahú repuso:

– *Aunque todos los pueblos obedezcan al rey, y cada uno de ellos renuncie al dios de sus antepasados; mis hijos y yo seguiremos manteniéndonos fieles a nuestro D-s.*

Apenas hubo dicho estas palabras, acertó a pasar un judío por delante de la estatua, se arrodilló y alzó la mano, para reverenciar al ídolo.

La ira adueñóse entonces del anciano; extrajo su daga, y apuñaló al hombre en presencia de los soldados. Después se arrojó con toda su fuerza sobre la imagen pagana, y destruyó el altar. Los soldados se quedaron tan espantados que no pudieron moverse.



Matitiahú y sus hijos aprovecharon su inactividad para montar sobre sus caballos, que se encontraban cerca, e irse a las montañas. Conocían los caminos y senderos, las gargantas y cuevas; y nadie pudo dar con ellos.

Escondidos en las sierras, prepararon el plan del levantamiento de los judíos contra Antíoco Epifanes. En largas asambleas nocturnas reuníanse con sus seguidores, a fin de celebrar consejo. Matitiahú sintió que se le iban las fuerzas; pero hasta el último minuto continuó pensando en la salvación de su pueblo. Cedió a Shimón la presidencia de las asambleas, pues era el más inteligente de sus hijos; pero a Iehudá le encargó la dirección de la lucha, por ser el más fuerte y valeroso.

No hubo tiempo para lamentar su muerte. Los hombres se preparaban para la lucha, y a una señal que Iehudá Macabí había convenido con ellos, salieron de sus escondites en las cuevas y descendieron al valle. En donde encontraban tropas de Antíoco, las aniquilaban; destruían los altares; destrozaban los ídolos; y barrían el país como un viento de tempestad.



La rebelión se produjo inesperadamente y con suma rapidez.

Las tropas griegas no alcanzaban muchas veces ni a oponer resistencia. Iehudá luchaba a la cabeza de los rebeldes como un león. Como un martillo abatía a los enemigos. Por eso lo llamaron Iehudá Macabí.

En un gran avance triunfal atravesaron el país hasta Jerusalem.

Los griegos retrocedían por doquier. La población respiraba aliviada y saludaba el paso de las tropas de los macabim con júbilo.

Cuando entraron en la ciudad sagrada, se dirigieron en una manifestación de duelo al Templo, que los soldados habían profanado y saqueado, y se pusieron en seguida a la obra de limpiarlo y renovarlo, después de lo cual celebraron con una solemne fiesta su reinauguración.

Otra vez pudo bailar el pueblo en la plaza del Templo de Jerusalén tras largos años en que estuvo impedido de hacerlo, y agradecer a D-s el milagro de su libertad.

Fueron encendidas las lámparas sagradas, que ardieron ocho días seguidos, a pesar de que sólo había aceite para un día escaso. El pueblo y los sacerdotes quedaron tan profundamente impresionados por la maravillosa renovación del óleo de las lámparas, que resolvieron festejar todos los años ese acontecimiento.

Lo llamaron la Fiesta de la Inauguración, Janucá, y la celebraron ocho días seguidos.

Los macabeos iniciaron un período de felicidad y de paz en Israel

JOACHIM PRINZ, *Héroes y príncipes hebreos*, Bs. As., Ed.Israel, 1968.

Extraído de "*Janucá en el espejo de las generaciones*",
Vaad Hajinuj Hakehilatí, 2002